de nuestras preocupaciones naturales y de nuestras pasiones, y el del ejercicio de la verdad cristiana, ¿no es este último el mas racional, el mas lógico y seguro? ¿No es mas consecuente hacer lo que hayamos reconocido ser verdadero? Entrar en una senda de desasimiento de nuestras pasiones, ¿no es la mejor de todas las precauciones contra el error, y añadir la garantía de la virtud á la de la verdad? La ignorancia y las pasiones son en nosotros dos causas de estravío. Por medio del estudio disipamos la ignorancia y llegamos al camino de la verdad, mientras que si las vamos disminuyendo, se nos irá facilitando por esta misma diminucion: de aquí procede la relacion de la virtud y de la verdad, de la santidad y de la fé en las almas. Procurad, pues, os diremos con Pascal, convenceros de la verdad divina, no tanto por la argumentacion de las pruebas, como por la diminucion de vuestras pasiones (1).

De este modo se concilian y justifican los dos primeros medios para creer: la razon y el hábito.

Finalmente, el tercer medio, que solo y aislado puede producir un verdadero y saludable efecto, es *la inspiracion*, esto es, la infusion de la misma verdad en el corazon por la sumision de este á pedirla y recibirla en su verdadera fuente, que es Dios en Jesucristo y Jesucristo en su Iglesia. La fé es Dios sensible al corazon por la gracia, como es sensible al espíritu por las razones. Puede muy bien tenerse la certidumbre de la verdad cristiana sin el conocimiento de estas razones, cuando Dios mismo comunica inmediatamente esta verdad al corazon; y ¡cuántos cristianos hay que no la conocen mas que por este medio, y que sin embargo están muy eficazmente persuadidos de ella! Es preciso reconocer tambien que la religion no podria ser verdadera y divina si no obrase de este modo, pues se debe á todos, y la mayor parte no son capaces del estudio de sus pruebas. Por este medio les da una prueba viva de su verdad, que vale mas que todas las otras, y que es accesible á todos, porque solo depende de la voluntad.

Por la misma razon no pueden todas las demas pruebas suplir á estas, y los mas grandes genios se ven obligados á recibir la fé de la misma manera que el rústico campesino. No se crea por esto que las otras pruebas dejan de ser buenas; diremos mas, son hasta ecsigibles por la inteligencia que es capaz de estudiarlas, pues la verdad divina debe ponerse en armonía con todas las capacidades de nuestra naturaleza; pero cualesquiera que sean estas capacidades, como el corazon es tambien una capacidad que debe ejercitarse, como á los ojos de Dios somos todos iguales, y como no podemos tener naturalmente con él mas que una relacion de su mision, é importa para el restablecimiento del órden que esta relacion sea tanto mas íntima cuanto mas inclinados nos sentimos á reconocerla; por todas estas razones y otras muchas, en las que nos seria superfluo entrar, la verdadera fé es un don que es preciso pedir á Dios, de la manera que toda criatura miserable debe pedir á su Criador: de rodillas.

Ademas, si la religion cristiana es verdadera, como estamos convencidos, y como despues de tantas y tan poderosas pruebas, no podemos dejar de reconocer, la necesaria consecuencia que de aquí resulta, es: que Dios quiso ponerse en mas particular contacto con nosotros, por medio de esta religion; que en ella, Dios está en Jesucristo, y Jesucristo en sus sacramentos y en su Iglesia; que está en ella real y especialmente, y que ella nos espera con las manos llenas de las gracias que solo por su medio podemos alcanzar. Reflecsionad bien en esta rigurosa consecuencia: la religion cristiana es necesariamente verdadera, luego está Dios en ella de una manera que no está en ninguna otra parte; luego me espera en ella, y debe querer que en ella vaya yo á encontrarlo; luego si voy á ella, esperimentaré necesariamente los efectos de su presencia, de un modo muy particular, y que deberá confirmar por medio de efectos sobrenaturales, las razones que yo tengo ya para creer en él.

Y ¿no lo dice él mismo? ¿no ois su voz que os llama?

Venid á mí, dice, *todos los que estais trabajados y agobiados, y yo os aliviaré* (2).—*Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida* (3).—*Yo soy el camino, sin el cual no se puede andar; la verdad, sin la cual nada puede conocerse; la vida, sin la cual nada puede ecsistir, y nadie puede ir al Padre sino por mí: seguidme* (4).—*Yo soy la puerta: quien por mí entrare será salvo; y entrará y saldrá y hallará pastos, pues yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en mas abundancia* (5).—*Fijaos en mis palabras y conocereis la verdad, y la verdad os hará libres, y alcanzareis la vida eterna* (6).—*El agua que yo doy apaga la sed para siempre, y se convierte en el que la recibe en una fuente viva que salta hasta la vida eterna* (7).—*Dices: rico soy, y estoy lleno de bienes, y de nada tengo falta: y no conoces que eres un cuitado y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo. Te aconsejo, pues, que compres de mi oro afinado en fuego, para que seas rico* (8).—*Al que sepa vencerse á sí mismo para venir á mí, le tengo reservado un maná escondido que ninguno conoce sino el que lo recibe* (9).—*Venid, pues, ved y gustad cuán suave es el Señor* (10).

Procurad, pues, esperimentar por vosotros mismos la verdad de todas estas promesas, de las cuales tantas garantías teneis ya. Llegados desde tan lejos hasta el umbral de la fé, no teneis que hacer mas que pasarlo con generoso paso para ser desde

(1) "Yo hubiera desde luego abandonado los placeres, dicen, si tuviese fé. Y yo os digo: vosotros tendriais desde luego la fé, si hubieseis abandonado los placeres. A vosotros toca empezar. Si yo pudiese os daria la fé. No puedo hacerlo, y por esto no puedo tampoco saber si lo que decís es verdadero. Pero vosotros podeis abandonar los placeres y esperimentar si es verdadero lo que os digo yo." (*Pensamientos*, t. II.)

(2) Mateo, XI, 28.
(3) Juan, VIII, 12.
(4) Mateo, IX, 9, y Juan, XIV, 6.
(5) Juan, X, 9, 10.
(6) Juan, VIII, 32.
(7) Juan, IV, 13, 14.
(8) Apocal., III 17, 18.
(9) Apocal., II, 17.
(10) Psal., XXXIII, 9.

luego iniciados en todas sus maravillas. Hasta aquí no habeis visto mas que lo que fué, entonces vereis lo que es, el ser mismo de la verdad, la verdad viva. La poseereis, y ella os poseerá á vosotros, y en medio de esta recíproca posesion y del calor que ella producirá os direis con trasporte: ¡Sí, es ella! Y con ella tendreis en un solo todo, la paz, la alegría, la fuerza, la libertad y la vida, la verdadera y soberana vida! ¿Por qué os hemos hablado tanto de ella? ¡Ah! ¡que no hubiésemos podido, sin todos estos raciocinios, comunicaros solamente una gota de su esencia que se complace en derramar sobre los corazones que le están sometidos! ¡Cuán pronto hubiérais entonces quedado persuadidos y libres de todas vuestras incertidumbres! Pero la verdad ha querido, para el ejercicio necesario de nuestra libertad, reservarse el principio de tan inefable comunicacion, y que nadie conociese ese *maná escondido*, sino el que lo recibe y se hace digno de él por la victoria. Basta que en razon no podais rehusarla, para que os veais obligados á someteros á ella. Vuestra resistencia no seria ya legítima, porque solo provendria de esa mala porcion de nosotros mismos, que conspira secretamente contra la verdad, retarda tanto como puede su conviccion, hasta le sobrevive una vez adquirida, y cuya inmolacion es el mérito distintivo y el supremo deber de la fé.

Ya está dicho todo. La verdad os ha dado bastantes garantías de sí misma en esa multitud de consideraciones y de pruebas por cuyo medio ha ido convenciendo vuestro espíritu. A vuestra vez debeis en adelante darle vosotros á ella otras que acrediten el celo y la sinceridad de vuestro corazon en obsequio suyo; y de este modo pronto entrareis en ese estado tan apetecido de la fé cristiana, en el que todas las garantías entre Dios y el alma desaparecen en la certidumbre y la realidad de la posesion.

CAPITULO X.

RESUMEN.

Cierto dia dió el rey Darío (1) un gran convite á todos sus familiares, á todos los magistrados medos y persas, y á todos los dignatarios, gobernadores, consejeros y prefectos que dependian de su imperio, desde la India hasta la Etiopía, que comprendia ciento veinte provincias. Despues de haber comido y bebido, y que se hubieron marchado todos, se fué el rey á su cámara, se metió en cama y durmió. Durante su sueño, tres jóvenes de su guardia se dijeron entre sí: proponga cada uno de nosotros un proverbio, á ver quién lo resuelve mejor al gusto del rey, y este le hará grandes regalos, será vestido de bella púrpura, tendrá una copa de oro, una tiara de lino fino, y llevará un precioso collar; tendrá el segundo lugar despues de Darío, por su sabiduría, y el rey le llamará primo suyo. Entonces cada uno de ellos escribió un proverbio, y lo firmó, y en seguida pusieron los tres papeles debajo de la almohada del rey, y se dijeron: cuando se levante el rey le daremos nuestros escritos, y aquel, cualquiera que sea de los tres, á quien el rey y los magistrados de la Persia juzguen haber sido el mas sabio en su proverbio, saldrá victorioso, segun queda convenido.

El primero habia escrito: el vino es fuerte.

El otro: el rey es mas fuerte.

El tercero: las mas fuertes son las mujeres; pero la verdad domina y es mas fuerte que todas las cosas.

Habiéndose levantado el rey, los tres jóvenes se le presnetaron y entregaron sus escritos. Los leyó, y convocó en seguida á sus magistrados y ministros, sus pretores y prefectos, y los reunió á todos en gran consejo. Juntado éste, y sentados ya todos los asistentes, se leyeron los tres escritos, y en seguida dijo el rey: llamad á estos jóvenes para que vengan aquí á sostener sus tesis. Fueron introducidos, y empezó el que habia proclamado la fuerza del vino. Ponderó el poder de este licor que abate á los grandes, llena de gozo á los abatidos, hace desatinar á los sabios, hace olvidar los vínculos mas queridos, y pone el puñal en la mano entre unos mismos hermanos. Despues de haber hablado así, calló, y tomó la palabra el segundo empezando por celebrar el poder de un rey: representó á los hombres mandando á toda la naturaleza, y colocado sobre todos ellos el rey que los domina y dispone de ellos. Con una palabra los lanza en los peligros de la guerra; todo lo trastornan; matan y se hacen matar, y el fruto de la victoria es siempre para el rey. Al mismo tiempo otros trabajan y recogen los frutos, y aun esto es tambien para llevar al rey el tributo de sus sudores. Solo y sin rivales, el rey no tiene mas que decir: matad, y matan: perdonad, y perdonan: herid, y hieren: esterminad, y esterminan: edificad, y edifican: derribad, y derriban: plantad, y plantan. Y todo el pueblo, hasta los magnates, lo oyen. Despues se sienta á comer, y bebe y duerme; pero aquellos dan guardia á su alrededor, y no pueden dejarla para ir á sus negocios: tan ligados están por la voluntad del rey. ¿Cómo, pues, no reconocer en el rey lo que hay mas fuerte en la tiera? Despues de haber hablado en estos términos, calló.

El tercero, que habia hablado de las mujeres y de la verdad (era Zorobabel), se adelantó á su vez y dijo:

"¿No son las mujeres las que han engendrado al rey y á todo su pueblo? ¿no son ellas las que han criado y alimentado á los que plantaron las viñas, de donde sale el vino? Las mujeres son las que distribuyen á los hombres la gloria y las que hacen los vestidos con que ellos se adornan. Los hombres no pueden separarse de ellas. Si están ocupados en acumular oro y plata y cuanto hay de mas precioso, no tienen mas que ver una mujer elegante y bella, y dejando todas sus cosas, fijan al momento sus ojos

(1) Lo que vamos á referir está tomado del *tercer* libro de Esdras, que es reputado apócrifo por la Iglesia, y como tal no se encuentra en las Biblias ordinarias. Retirándolo á nuestra fé, no por esto le prohibe la Iglesia nuestros respetos; los padres se sirvieron de él muchas veces, y está recibido una como canónico por los griegos.

en ella y la miran con la boca abierta, codiciándola mas que todo su oro. El hombre abandona al padre que lo engendró, y la tierra en que ha nacido, para ir á unirse á la mujer. Y recrea su alma con ella, y no se acuerda ya del padre, de la madre, ni del pais. Pero ¡qué! ¿es menester advertiros de que las mujeres os poseen y que vosotros no lo sabeis? Coge el hombre un puñal, va á los caminos á cometer robos y homicidios, atraviesa los mares, desafia el furor de las fieras, viaja en el horror de las tinieblas, y cuando ha cometido sus robos, sus iniquidades y rapiñas, lo lleva todo á su querida. ¡Cuántos hay que se han vuelto insensatos por sus mujeres, cuya pasion los ha puesto en esclavitud! ¡cuántos han perecido y se han suicidado, cuántos han pecado por ellas! Indudablemente es grande el rey en su poder, pues en todas partes no hay nadie que no tema tocarlo; sin embargo, yo he visto á la hija de Bazasis, compañera de este rey soberbio, sentada á su lado, quitar la sagrada diadema de la cabeza del monarca, ponerla sobre la suya y taparle la cara con la mano; y á todo esto él la estaba mirando embobado, riéndose cuando ella se reia, y si ella se enfadaba él la halagaba hasta que volvia á conquistar su gracia. ¡Oh hombres! reconocedlo pues, las mujeres son las mas fuertes."

Al llegar aquí el discurso, el rey y sus consejeros empezaron á mirarse unos á otros; pero el jóven orador empezó desde luego lo que le faltaba decir sobre la verdad.

"¡Oh hombres! continuó, las mujeres son sin duda las mas fuertes, la tierra es grande tambien, elevado el cielo, y el curso lijero del sol le da la vuelta y vuelve á su primer punto en el rápido espacio de un dia. Pero superior á todas estas cosas, y mas magnífico que todas ellas, es el que las ha criado, y su verdad grande y fuerte mas que todo. Toda la tierra invoca la verdad, la bendice el cielo, y todas las criaturas se mueven por ella y tiemblan ante su faz. Nada malo hay en ella. El vino es malo, malo el rey, malas las mujeres, todos los hombres son malos, lo mismo que todas sus obras, y como no hay nunca verdad en ellos, perecerán en su iniquidad. Pero la verdad subsiste y se acrecienta eternamente; vive y permanece en los siglos de los siglos. No hay para ella escepcion de personas ni distincion alguna, pues lo que es justo lo da á todos, buenos y malos, y todos hallan gracia en sus obras. No hay en su juicio nada malo; sino la fuerza, el reino, el poder y la majestad de los ángeles. ¡Bendito sea para siempre el Dios de verdad!"

Y dejó de hablar, y todos esclamaron á una: ¡la verdad es la mayor y la mas fuerte!

Entonces le dijo el rey: pídeme lo que quieras, ademas de los dones convenidos, y todo te se dará en recompensa de tu sabiduría; te sentarás junto á mí y te llamaré primo mio.

Pero el jóven le contestó: "En recompensa de todo, no quiero pedirte mas que una cosa: que te acuerdos del voto que hicistes al tomar el cetro, de reedificar á Jerusalen y volver á levantar su templo, y que quieras, ¡oh majestad! disponer desde luego su ejecucion."

A estas palabras, levantándose el rey Darío, lo abrazó, lo besó, y escribió desde luego á todos sus superintendentes, que devolviesen la libertad á los judíos, y les facilitasen la vuelta á su patria, y la reconstruccion de su ciudad y de su templo.

Marchóse entonces el jóven libertador, y poniéndose de cara hácia la direccion de Jerusalen, bendijo al rey del cielo diciendo: Tuya es la victoria, tuya es la sabiduría y la claridad, y yo no soy mas que tu pobre servidor. ¡Bendito seas, tú que me distes la sabiduría! ¡yo te confesaré siempre, Señor Dios de nuestros padres!

¡Ojalá que tambien nosotros, en medio de las diversas seducciones que se disputan los corazones de los hombres, pudiésemos haber hecho prevalecer la escelencia de la verdad, y logrado que volviesen á levantar al fin su templo, que es la fé en Jesucristo! ¡ojalá pudiésemos haber puesto los primeros cimientos de esta fé en unos, haberla aumentado en otros, completado y reforzado en muchos, y contribuido algo por este medio á esa renovacion social, cuyos materiales son removidos en el dia por tantas manos, cuyo presentimiento hace latir tantos corazones, y cuya obra solo Dios dirige y ordena, porque solo él ha de ser su último fin! ¡Felices nosotros, si por nuestro cariño y devocion á tan santa causa no hemos pasado inútilmente por la tierra, y si hemos sabido desempeñar en ella nuestra mision de católico y de frances! Tales son nuestros votos y nuestras últimas palabras en este momento, solemne para nosotros, en que vamos á terminar los presentes *Estudios*, y á soltar esta pluma que hace cuatro años no hemos dejado de la mano, y que con frecuencia nos ha sido muy pesada. Si, como está escrito, que hasta un vaso de agua fria tendria su recompensa, pudiésemos nosotros esperar alguna por este vaso de agua de la verdad, dado á nuestros hermanos, la que pediriamos, no seria seguramente el renombre de autor, las alabanzas de un diario, las ovaciones de una academia, el favor de los grandes, ni nada, en una palabra, de toda esa gloria humana, superior á nuestros méritos é inferior á nuestros deseos: ¡no! sino que el principio de nuestros trabajos sea su premio! ¡Que la verdad corone en nosotros sus propios dones! ¡y que, sin envanecernos con una comparacion que nada justifica, á menos que sea el celo por la misma causa, podamos obtener lo que el ángel de las escuelas pedia cuando contestó á la siguiente pregunta de Jesucristo (1): *Bien escribiste de mí, Tomás; ¿qué recompensa quereis?*—A VOS SOLO, SEÑOR!!!

(1) *Bene de me scripsisti, Thomas. ¿Quam ergo mercedem accipies?—Non aliam, Domine, nisi te ipsum.* (Leccion del Breviario Romano, *Oficio de Sto. Tomás de Aquino.*)

FIN DE LA OBRA.